

Tal es igualmente el espectáculo que nuestra época nos ofrece. Tiempos y cosas aseméjense siempre.

¿Quién puede hoy dar un solo paso sin que sus ojos tropiecen por doquiera con objetos escandalosos y seductores? Si no cruza por calles y salas como un ciego, jamás estará seguro de que la muerte no penetre en su alma, por las ventanas de sus ojos. El peligro le persigue hasta las puertas del santuario, y cuando abandona la casa de Dios después de haberse arrodillado ante la sagrada mesa, la inmoralidad y la desvergüenza son las dos primeras cosas que hieren sus miradas.

Mas por lamentable que sea tal situación, es por lo menos consoladora, por una parte, en el sentido de que la corrupción no reina en la casa misma de Dios. Tiempos hubo en que había tendido ella sus lazos hasta en los templos.

¡Ay! ¡si solamente pudiéramos decir que el espíritu del mundo no penetró por otros caminos! Pero haríamos violencia á la verdad, si dijéramos que no hay ídolos, ante los cuales algunos de los nuestros manejan el incensario. El liberalismo en la enseñanza, el ingenio en el arte y en las letras, el intento de echar abajo el respeto á la autoridad, en la prensa igualmente que en las relaciones particulares, el desdén respecto de los medios que traen la gracia y de los mandamientos de la Iglesia, de las prácticas del culto divino, el desprecio de la vida de oración y de mortificación, la participación en las diversiones y futilidades del mundo, son otras tantas cosas que nosotros mismos hemos aprendido á considerar como únicas notas características de la civilización moderna, y la única idea exacta de las exigencias de la época.

Pero la medida se llena, cuando vemos la manera con que ese espíritu mundano se extiende en el santuario, hasta cerca del altar. ¡Cuántas veces celébrase con tibieza el santo sacrificio! ¡Cuántas enséñase la palabra de Dios con indiferencia, en la escuela y en el templo! ¡Cuántas veces recítase sin atención el Oficio! No debemos hacer grandes

cargos al mundo, cuando no mira con gran respeto todo eso, y cuando pretende hasta que nosotros no lo tomemos en serio.

Por el contrario, hablamos florido lenguaje, adoptamos maneras que parecen desafiar á los mejores actores, esparcimos los más suaves perfumes en torno nuestro, caminamos como una novia. Nuestros aposentos hállanse dispuestos para recibir visitas distinguidas, en tanto que los altares del Señor y su vestimenta inspiran disgusto y desdén, —si así se nos permite decirlo,—á causa de su poca limpieza y de la negligencia con que se les cuida.

Por doquiera el culto de Dios va á menos. Por el contrario, el poder del reino del mundo, que, desde el principio, fué opuesto al reino de Dios, elévase en cada momento cada vez más sobre el horizonte. Y nosotros tenemos constantemente los ojos fijos en el sol naciente de sus favores y de su poder. Volvemos la espalda á la Iglesia, para no vernos obligados á soportar con ella el desprecio y la opresión, y prestamos homenaje al dios-emperador, al dios-Estado, al dios-sociedad, y á toda clase de poderes, llámense mujeres, judíos ú opinión pública. Basta con que esperemos obtener de ellos un pobre empleo, un pobre título, aun cuando para ello nos viésemos obligados á renegar de la Iglesia, del altar, de nuestros más sagrados deberes.

En una palabra, servimos al mundo, y renegamos de lo sobrenatural. Adoramos todos los ídolos de la época, y creemos además que Dios nos debe una gratitud especial, cuando, en el vasto templo en donde diariamente sacrificamos, dejámosle una pequeñísima capilla lateral en oscuro rincón. Pero ni nuestra conciencia, ni la experiencia de los castigos, hablan bastante alto para que comprendamos las palabras de Dios irritado: «Hijo del hombre, ¿ves la conducta de éstos, y las abominaciones que aquí comete la casa de Israel? Véome obligado á alejarme de mi santuario». (1)

(1) Ez., VIII, 6.

7. No se da paz posible con el espíritu mundano.—

Ante esa lamentable situación, y ante los peligros que la siguen, no hay más que un medio de salvación: una ruptura formal y decisiva con el espíritu del mundo.

No condenamos al mundo; no es cosa que nos compete. Alguien hay que juzgue, y cuyo juicio vale para la eternidad; y aun éste no necesita formular una sentencia, pues el mundo condénase ya él mismo.

Pero no nos es dado cambiar lo que se nos ha dicho: «No os conforméis al siglo presente». ⁽¹⁾ «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, pues en el mundo todo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida». ⁽²⁾

Sí, el mundo entero hállase sumergido en el mal. ⁽³⁾ No hay paz posible con él, á menos de abandonar la causa de Dios. Y á ésta, no debemos hacer traición.

Si esto fué verdad siempre, eslo doblemente en la actualidad. No se trata de oponer obstáculos á la expansión del reino de Dios. Á los adversarios actuales de Jesucristo, no más que á los judíos, el viernes santo, no les basta con flagelarle para ver algunos de sus miembros mutilados. No, preciso es que sea crucificado, muerto, arrojado del mundo de los vivos; es necesario que su fundación, la Iglesia, sea demolida y aniquilada de arriba abajo. Actualmente es la guerra, reino contra reino, ejército contra ejército, iglesia contra iglesia.

De esa contra-iglesia negra, impura, sin campanario, que se presenta como rival contra el reino de Dios, una vidente moderna, que con frecuencia habló de estas cuestiones, ⁽⁴⁾ dice, en un pasaje notable: «Esa iglesia del mundo llena está de lodo y de tinieblas. Casi nadie conoce la obscuridad en donde trabaja, de tal manera es sombría.

(1) Rom., XII, 2.

(2) Ioan., II, 15, 16.

(3) Ioan., V, 19.

(4) Emmerich, *Leben Jesu Christi*, (1) III, 366 y sig. Schmöger, *A. K. Emmerich*, (2) II, 169 y sig., 263 y sig., 279 y sig.

Una silla sirve allí de altar; sobre una mesa, encuéntrase una calavera. En sus ceremonias, sírvese tan sólo de espadas. Allí, todo es malo de arriba abajo: es una sociedad de pecadores. Quieren formar un solo cuerpo en todo, menos en el Señor. Cuando la ciencia se separó de la fe, es cuando nació esa iglesia sin Salvador, en la cual la santidad de las obras existe sin la fe, esa contra-iglesia, de la cual la maldad, el error, la mentira y el dolor de cada demonio de la época forman su centro, esa anti-iglesia que no tiene un solo misterio religioso. Su lado peligroso es su aparente inocencia. Sus adherentes quieren y hacen por doquiera lo contrario de lo que Dios quiere. Todos están de acuerdo para prescindir de Jesucristo». ⁽¹⁾

Nada exageramos al hablar así. Lo que guía á este mundo, es el odio contra Dios y sus ungidos, es la lucha contra el espíritu de santidad, del cual no quiere oír hablar. Las palabras cruz y Jesucristo crucificado, son locura y escándalo para esa sociedad. ⁽²⁾ Tenemos que habérmolas con los enemigos de la cruz, ⁽³⁾ que no se contentan con avergonzarse del Evangelio, sino que han jurado acabar con la fe.

Si así no fuese, ¿de dónde provendrían esos esfuerzos casi diabólicos para arrancar los hijos á su madre, á la Iglesia, y á la casa de su Padre Celestial? ¿No tienen como causa el odio al Espíritu Santo que todavía vive en sus almas? ¿Á qué esas tentativas de privar al moribundo de los últimos consuelos de esta vida, sino para gozar del triunfo de haber dejado frustrado para el Salvador, en el momento decisivo, el botín por Él conquistado con su muerte? ¿Por qué se trata de corromper á la inocencia por medio de la burla, del arte, de la poesía y de la seducción? ¿Por qué se intenta extirpar de los corazones la fe en la pureza, como si fuese una hipocresía, una estupidez, una niñería ridícula, sino porque es un gozo verdadera-

(1) Schmöger, *Emmerich*, (2) I, 475.

(2) I Cor., I, 18, 23. Gal., V, 11.

(3) Phil., III, 18.

mente satánico el profanar la obra y la imagen del Creador?

Por doquiera vemos á Jesucristo nuevamente crucificado: en los escaparates, en los museos, en los teatros, en los salones de baile, en las escuelas, en los libros, en las asambleas y deliberaciones públicas. ¿Y podríamos callar en presencia de todo eso? ¿Vacilaríamos aún en separarnos de quienes crucifican á Nuestro Señor? ¿Preguntámonos todavía si podemos ir con ellos? ¡No! Imposible. Ciertamente debemos tratarlos para comunicarles los dos bienes que el Señor trajo al mundo: la verdad y la vida. Mas para que reciban ellos de nosotros esos dos tesoros, debemos, desde luego, refugiarnos al pie de Jesucristo. Únicamente cuando los hayamos recibido de su corazón, puros é intactos en el nuestro, podremos ofrecérselos al mundo sin daño para nosotros, y con provecho para él.

8. Verdadero conocimiento de la época.—Por esa razón no vemos con malos ojos que se llenen los aires con esta queja: «Las cosas no pueden ir como en pasados tiempos. Los tiempos han cambiado. Y quien no comprenda que las necesidades apremiantes del presente y del porvenir nos imponen exigencias mucho más elevadas que antes de ahora, se verá infaliblemente aplastado por la rueda del tiempo».

Ciertas son estas palabras. Únicamente requiérese entenderlas de manera distinta de lo que generalmente se hace. Y de todo corazón quisiéramos que, ante todo, se aprovecharan de ellas los que de mejor grado las profieren.

Sí, los tiempos han cambiado; hanse tornado de excepcional gravedad. Oblíganos á tomar una decisión. ¿Quién sabe si será la última? Ya no hay nada que hacer con la mediocridad y la comodidad. Quien todavía crea que hace un favor á la buena causa adulando al mundo, no es digno de la época grande, sublime, seria, en la cual se digna Dios hacernos vivir. Quien no quiera perecer en estos días difíciles, necesita de gran formalidad; no debe obrar á medias. Como son pocos los que pueden resolverse á ello, esa

es la razón por la cual también son muy pocos los que comprenden estos tiempos, y proceden en conformidad con sus necesidades.

Los que viven de verdad del espíritu del Cristianismo, y piensan y sienten con la Iglesia, comprenden lo que la época exige. La gran lástima está en que sean tan pocos. Pero, cuanto menor sea su número, con más vigor deben obrar, más deben trabajar de incansable manera, y levantar la voz para clamar á quien quiera oírlo: «Las necesidades que en la hora presente se imponen, son la separación total del mundo, el amor gozoso de la cruz, la imitación sincera de Jesucristo, los esfuerzos por llegar á la perfección, y aun á la más elevada santidad».